

R. Silva Castro.

El hábito de leer

Il est évident que notre temps n'est pas et ne peut pas être celui des liseurs.
Emilio Faguet.

POCOS libros dentro de su género han merecido tantos honores como «L'art de lire» de Emilio Faguet, a cuyas páginas pertenecen las líneas que nos han servido de epígrafe. Las ediciones de esta obra, en muchos idiomas, se han multiplicado revelando hasta qué punto el tema ha interesado a todo género de públicos. Especialmente los críticos literarios han contribuido a divulgar el valor de la obra de Faguet. Sin sus enseñanzas—nos han dicho y repetido—, sin las normas que Faguet da, la lectura es poco menos que inútil. Los lectores se cuentan por miles de miles. Los lectores conscientes son muchos menos. Los que desprenden de sus lecturas el máximo de posibilidades que ellas encierran, forman una selectísima minoría.

Para Faguet la edad contemporánea no favorece el hábito de la lectura, no sólo, aunque principalmente, por el apresuramiento de su ritmo, por la complejidad de sus ocupaciones, por el carácter poco sedentario que ella tiene. Y sin embargo, he aquí que precisamente algunas de estas características de la vida actual en las grandes aglomeraciones humanas llevan al gusto por la lectura a muchos miles de seres de toda laya. Es cierto que esos lectores no cumplen ni siquiera en parte los

preceptos que Faguel ha dado para desprender de las lecturas el mayor provecho. En ciudades tan grandes como Nueva York, París, Chicago o Buenos Aires es enorme el número de personas que deben hacer a diario largos viajes desde sus habitaciones hasta las fábricas y oficinas en que ganan la vida. Durante estos viajes se lee mucho. En las primeras horas de la mañana la lectura preferida son los diarios de noticias. Comerciantes, oficinistas, obreros, leen con rapidez vertiginosa apenas los títulos y las diez o veinte primeras líneas de las informaciones que esos periódicos contienen. Los *reporters* de esos cotidianos han hecho ya un arte especial de su poder de síntesis que les permite ofrecer, en los títulos y en las primeras frases de una información, todo lo que ella, más adelante, pudiera desarrollar. En el resto del día las lecturas en trenes subterráneos o elevados y en autobuses se caracterizan por un mayor reposo. Entonces se ven en todas las manos «magazines» o pequeñas novelas de publicación semanal y quincenal que en los países a que nos referimos tienen gran boga. Los cultivadores del género de novelas breves y cuentos abundan en los Estados Unidos, en Inglaterra, en la Argentina, etc. Sus obras se pagan a buenos precios y son leídas por cantidades fabulosas de personas. En estas lecturas, obvio es decirlo, hay preferencias señaladas por el sexo, la edad y las profesiones. No sólo se lee lo que hemos indicado: las revistas científicas, los libros de versos, los «magazines» deportivos tienen sectores especiales y determinados para los cuales son manjar cotidiano y gustadísimo.

Ahora bien, estos lectores no cumplen con las condiciones que exige la buena lectura y es de suponer que extraen de la que hacen un provecho bastante exiguo. Sin embargo el gusto de la lectura se mantiene gracias a una circunstancia señalada de la vida moderna y— lo que es más interesante— se refina poco a poco, según consta de diversos testimonios valiosos. Uno de los que conocemos se refiere a los Estados Unidos y está suscrito por el conocido periodista William Wills Davies. Dice éste que en los Estados Unidos el gusto

por la lectura se ha extendido tanto que hay actualmente campo para todos los géneros y los estilos en medio de aquella masa ingente de lectores. No sólo obtienen éxito las novelas de aventuras policiales o deportivas; no sólo la intriga y el misterio atraen al público. Hay núcleos en que los mejores escritores ingleses, novelistas como Galsworthy y Wells, poetas como Kipling, ensayistas como Chesterton, merecen cada día más honda y cuidadosa atención. También algunos escritores nacionales de los Estados Unidos, que sobresalen de la vulgaridad corriente y que han hecho una literatura muy de hoy, muy original y hasta difícil de gustar, ganan terreno en forma bien visible. Entre los viejos cita Davies a Whitman y a Poe y entre los de hoy, a Edgardo Lee Masters,

Dejemos, pues, bien establecido que la aserción de Faguet no se cumple en su totalidad. Es cierto que esos lectores no son los lectores ideales, aquellos que—*«in angello cum libello»*— se entregan solitarios, en silencio y con recogimiento especial, a la emoción deleitosa de la lectura. Pero no era este precisamente el aspecto que más nos interesaba fijar con estas líneas, sino otro que le está adscrito. ¿Por qué esos seres se sienten arrastrados a leer lo que leen? ¿A qué estímulos, a qué consejos, a qué presiones obedecen? Una encuesta realizada recientemente en los Estados Unidos nos permitirá conocer algunos datos estadísticos de enorme interés al respecto. Se trata de una empresa editorial cuyas publicaciones tienen gran acogida. Hace poco esta firma lanzó una novela cuyo éxito fué singular. Los críticos de los diarios y de las revistas hablaron de ella con elogio; la venta fué grande, y en muy poco tiempo el libro aludido circulaba por todas las manos y era leído no sólo en los salones y en los escritorios sino, principalmente, en los vehículos públicos y más democráticos, como lo son el subterráneo y el ferrocarril elevado. Uno de los jefes de la casa quiso conocer a qué se debía el éxito de la obra y concibió la idea de preguntarlo a los lectores de la misma. Recibió respuestas de más de mil cuatrocientas personas, como se verá a continuación.

Casi la mitad de los consultados respondió que habían emprendido la lectura del libro sólo porque habían oído hablar bien de él a amigos y conocidos. En efecto, 711 personas dijeron que no habían pesado en su ánimo ni las gacetillas de los periódicos ni los carteles callejeros ni las críticas más socorridas, sino la recomendación de sus relaciones. Considérese al respecto que cada lector ve a través de una obra cualquiera una cosa distinta, sobre todo si aquella es de imaginación, como es el caso de esta novela. Este principio es bien sabido que puede aplicarse a toda clase de lecturas, por más claras y transparentes que ellas sean. La sugestión colectiva que se ha ejercido, pues, en este caso para inducir a tanta gente a la lectura de tal libro se basa en la más anárquica interpretación del mismo.

408 personas obedecieron con su lectura a los párrafos elogiosos de los diarios, firmados algunos por críticos y otros enteramente anónimos. Es bien sabido que estos y muchos de los primeros se publican sin mayor discernimiento. En la mayoría de los casos los dicta la amistad hacia el autor y los editores de las publicaciones. En otros aparecen como retribución de los avisos con que las casas editoras o el autor mismo favorecen a diarios y revistas. Esto sucede en Chile con notable frecuencia. En los Estados Unidos estamos seguros de que también ocurre y acaso en mayor escala y en forma más regular y sistemática.

Un número mucho menor de lectores, que sólo alcanzaba a ciento diez personas, declaró que se había interesado por el libro después de haber leído en revistas algunos de sus trozos. El lugar siguiente está ocupado por 86 lectores que conocían ya al autor y sentían por sus producciones un aprecio especial. Su lectura es una de las más conscientes, pues procede de un conocimiento directo de obras escritas por un mismo hombre cuyas características literarias son ya conocidas y estimadas. Los dos últimos tramos los ocupan dos categorías bien distintas de lectores. Ochenta y cuatro confesaron que habían leído la obra primeramente en folletín. Por esa impresión habían sentido

deseos de gustar con más detenimiento de la novela y habían comprado el libro para releerla. Veintitrés, en fin, dijeron que habían adquirido la obra—no han asegurado que la leyeran—porque querían estar al tanto del movimiento literario y hablar de los libros nuevos en los salones y círculos que frecuentaban...

Tenemos, pues, a la vista seis categorías bien diferenciadas de lectores. La más numerosa obedece al consejo de los amigos, a la voz ambiente, a la presión psicológica de las relaciones. Después la estadística nos hace conocer el número de los que hacen caso de los diarios por intermedio de sus opiniones no siempre espontáneas ni desinteresadas. Luego vienen los que conocen fragmentos de la obra y quieren conocerla entera; los que han leído libros anteriores del autor; los que han apreciado el libro en folletín, y al final esa exquisita categoría de los que han leído sólo por parecer bien, por estar informados, por asombrar a sus relaciones con una erudición fácil y liviana. Nos extraña que sean tan pocos los que han confesado este móvil. Seguramente son muchos más los que leen sólo por esa causa tan mundana, tan exterior.

He aquí los resultados de esta encuesta bastante curiosa y que puede servir de guía para las empresas editoriales de todo el mundo. Las bases de una intensa y eficaz propaganda pueden asentarse en lo que revelan estas cifras. Y volviendo a las indicaciones del principio, digamos en fin que no importa por qué se lee ni siquiera si se lee bien. A muchedumbres que tienen que hacer sacrificios por leer, que llenan instante de ocio con la lectura y que seguramente roban algunos minutos al sueño por entregarse a una pasión intelectual de esta naturaleza, no les podemos pedir que cumplan con todas las reglas de este arte, tan sutil y complicado como cualquier otro. Esos hombres hacen seguramente mal al leer en el tranvía, en el subterráneo o en el autobús. Y también hacen mal al seguir los consejos de los amigos al escoger sus lecturas, al tomar sin discernimiento la dirección que indican las gacetillas de los periódicos o al leer sólo por conquistar pequeñas famas de salón. Pero leen, buena

o mala literatura, con pasión, con entusiasmo que salva todas las deficiencias.

William Wills Davies nos dice que ya en esa masa informe comienzan a notarse las diversificaciones y que entre ellas se observan corrientes de progreso. Muchos siguen leyendo a los truculentos folletinistas y a los novelistas de género policial y aventurero. Pero otros, que seguramente aumentan en número de día en día, gustan de Whitman, recurren a Poe, se entregan a Lee Masters.

Y eso basta por el momento.